

Representación o suplantación

¿E

n qué manos está el mundo? Es una pregunta

**JULIÁN
MARÍAS**

en nuestro tiempo es la única forma legítima de gobierno. Lo que no es seguro es que en todas partes exista —o pueda existir— un gobierno legítimo. En otras palabras, hay que preguntarse dónde y en qué medida existe la democracia, y si es posible allí donde no la hay de hecho. Lo que me parece particularmente grave es que se acepte la convicción de que las organizaciones de todos los niveles, desde las locales hasta las internacionales, representan la realidad y, por tanto, "equivalen" a ella. Si esto no es así, el resultado es un estado de falsedad general: en lugar de representación, una suplantación de lo que los hombres son por los que pretenden expresarlos y decidir en su nombre.

En El Cairo se ha celebrado hace poco una Conferencia internacional, con pretensión de universalidad, para tratar de graves problemas de población, desarrollo, educación y regulación de muchas formas de vida. Se trataba de más de ciento ochenta países, de las Naciones Unidas en su conjunto. La primera duda que se

«Estoy seguro de que en la mayoría de los países que integran las Naciones Unidas no existen medios de auténtica representación, lo cual pone en cuestión el



presenta es si pueden llamarse "países", no digamos "naciones" a los que, más discretamente, se denomina a veces "Estados-miembros". A esa Conferencia han asistido "representantes" de esos países. Me pregunto en cuántos de ellos existe alguna forma de representación, si los habitantes han podido manifestar sus opiniones, voluntades o deseos, y han tenido posibilidad de que eso se reflejara en la gran asamblea. Estoy seguro de que en la mayoría de los países que integran las Naciones Unidas no existen medios de auténtica representación, lo cual pone en cuestión el sentido del conjunto.

Hace un cuarto de siglo me planteé, y por dos veces, la cuestión del Poder supranacional. Con los datos de entonces mostré que el 16 por ciento de los habitantes del mundo podían constituir una mayoría en las Naciones Unidas, y un tercio de ellos podían alcanzar la necesaria para las decisiones más graves. El que cada "país" tuviese un voto (con excepción de la Unión Soviética, que tenía tres), independientemente del número de habitantes (desde unos centenares de miles hasta unos centenares de millones), de su desarrollo, cultura, capacidad de participación, etc., era literalmente un absurdo, que se trataba de compensar con otro: el derecho de veto de algunos países. Los datos han cambiado, pero el fondo de la cuestión permanece.

Si consideramos ahora la situación de aquellos países en los que hay una efectiva representación, que son sin duda "democracias" en un sentido no enteramente risible, hay que preguntarse cómo en ellos se llega a alcanzar el Poder y cómo se usa. La democracia actual no es directa, sino que se ejerce mediante representantes elegidos. ¿Por quién? Por los electores, en principio por todos los ciudadanos. Pero a través de los partidos. Estos, por lo general, son sostenidos en gran parte con los fondos públicos, es decir, reciben del conjunto del país recursos que no son propios, que no les pertenecen. Dicho con otras palabras tienen un poder que les viene de fuera, de los que no son, ni acaso quieren ser, afiliados. Por lo general, estos son muy pocos, unas escasa fracción del cuerpo electoral.

Pero además, y esto es más inquietante, en muchos países no se elige a personas, sino partidos, los cuales presentan listas "cerradas y bloqueadas" de candidatos designados por el propio partido y en un orden que predetermina quiénes van a ser elegidos. El margen de libertad de los electores es mínimo, y por tanto el valor de esa representación. Se establecen así mayorías parlamentarias que deciden la composición de los gobiernos, que ejercen el poder ejecutivo y toman las decisiones. Estas dependen de todo el proceso que he recordado brevemente, y que están ya bastante lejos de lo que pueda ser la problemática voluntad de los ciudadanos.

En muchos países, desde luego en España, además del Gobierno nacional, fundado en un Parlamento del mismo carácter, hay gobiernos y parlamentos regionales o autonómicos, constituidos del mismo modo. Añádase a esto la existencia de otras organizaciones "representativas", como los

«No entro ni salgo en la calidad o el valor de gobiernos, parlamentos, sindicatos y organizaciones de todo tipo. Me pregunto simplemente por la medida en que son



sindicatos. El número de sus afiliados es por lo general muy reducido, una parte modesta del conjunto de los trabajadores, pero asumen la representación de todos. Sus recursos, además, proceden, más que de sus afiliados, del presupuesto general, es decir, de ciudadanos que nada tienen que ver con tales organizaciones. Ahora está muy de moda hablar de Organizaciones No Gubernamentales, que tienen su sigla correspondiente: ONG. El "no" da un carácter "infinito", como diría Kant, a esa denominación, en la que cabe una orden de monjas de clausura o un grupo terrorista. Su número no es ciertamente infinito, pero sí muy elevado, y se pueden multiplicar. Provistas de nombre y sigla, actúan y muestran su presencia; lo que no está claro es cuál es su representación. Conste que esto es lo que me interesa. No entro ni salgo en la calidad o el valor de gobiernos, parlamentos, sindicatos y organizaciones de todo tipo. Me pregunto simplemente por la medida en que son representativos o no. Y parece evidente que muchos de ellos lo son muy escasamente. Quizá no pueda ser de otro modo, y ello planteará un problema apremiante y delicado. Lo que no puede hacerse es dar por buena la representación que se pretende. Haga el lector un experimento personal, al alcance de todos: pregúntese por quiénes se siente realmente representado, desde las más reducidas organizaciones locales hasta la Comunidad Europea o las Naciones Unidas. Con eso basta.

Vuelvo a formular la pregunta inicial: ¿En qué manos está el mundo? No en las nuestras, en las de los hombres y mujeres que lo componemos. Ni siquiera en las de representantes verdaderamente elegidos y que sean reflejo de la realidad. Más bien en las de los grupos que manejan todas las organizaciones, directivas, comités o como se llamen, que hacen las propuestas, seleccionan los candidatos, redactan los informes y propuestas; en suma, manejan la maquinaria administrativa.

Esto es posible en nuestra época porque interviene un elemento de la máxima importancia, que nunca había existido con tal influencia y poder: los medios de comunicación. Son los que dan voz a los que mediante ella —y sólo así— pueden alcanzar poder. Las organizaciones son las que tienen acceso real a los medios de comunicación —en los casos importantes son suyos—. Se sabe lo que opinan, proponen, deciden. Se hacen estadísticas y encuestas —naturalmente publicadas —en las que, partiendo de una "muestra" que puede muy bien no ser representativa, por su número o su selección o la manera de preguntar, se persuade lo que las mayorías opinan o desean o van a decidir.

Las "Organizaciones No Gubernamentales", aunque sea ínfimas por su volumen y alcance, sean admirables o detestables, tienen acceso también a los medios de comunicación, lo cual les confiere una existencia que acaso poseen, pero que puede ser igualmente una

«El nivel real de representación es precario, no vivimos en un mundo representativo más que parcialmente y de manera



ficción. Se cuenta con ellas, tienen voz —y en muchos casos voto—, pesan en las decisiones de los que nada tienen que ver con ellas y no les ha podido otorgar su confianza.

In suma, el nivel real de representación es precario, no vivimos en un mundo representativo más que parcialmente y de manera imperfecta. Hay grados diversos de representación y suplantación, y no hay claridad sobre ello. Es la tarea más urgente, si se quiere superar una situación nada de seable. Lo primero que hay que hacer —y por lo general lo último que se hace— es enterarse.

Pero se puede hacer mucho más. Por lo pronto, no admitir la representación donde no existe. No aceptar la inevitabilidad de la suplantación. Sin duda no participar en ella, no prestarle la adhesión que le da su fuerza, no ser cómplice de ella. No formar parte, pasivamente, de organizaciones cuyo carácter no se conoce y que pueden ser meros instrumentos de manipulación.

Sobre todo, se puede afirmar la propia personalidad, ejercer los derechos que se tienen, expresar hasta el límite de lo posible las opiniones, estimaciones, deseos. El silencio de los que pueden hablar —y en alguna medida podemos hacerlo todos— es lo que hace posible el dominio de la suplantación.

El mundo atraviesa una crisis de legitimidad social, más importante que la meramente jurídica. Solamente la acción decidida, clara y persistente de los individuos y de sus agrupaciones reales, no ficticias ni impuestas, puede conseguir un estado de legitimidad en que la libertad sea realmente posible.

«El silencio de los que pueden hablar —y en alguna medida podemos hacerlo todos— es lo que hace posible el dominio de la suplantación.»

